

# 3 AUTORES

Con tres autores se ha enfrentado la Agrupación Romea en su nueva etapa de existencia, tres autores, excluidos los extranjeros. Sus tres nombres: Rusiñol, Crehuet, Soldevila.

Es casi sintomático que sean estos tres dramaturgos catalanes los escogidos por nuestros aficionados para revivirlos en la escena. Cada uno de ellos tiene características acusadas, y cada uno, por sí solo llenaría una época de nuestro pobre teatro catalán.



Rusiñol, el hombre de las mil anécdotas conocidas, de las diez mil que se le han colgado y de las otras tantas que seguramente están inéditas, se nos aparece como el más auténticamente completo de los tres. Y caso curioso, técnicamente es el más deficiente, en el sentido que la llamada carpintería teatral se daba en él más por intuición que por formación. Pero lo desbordante de su inspiración y lo hondo de sus asuntos, llegan a impresionarnos como salido todo en junto de las manos de un maestro.

Sin embargo, algo hay en Rusiñol de cuyas horas guixolenses se habla en otro lugar de este número,—que invita a una cautelosa reflexión. La sensibilidad de nuestras plateas sigue fiel, aun hoy en día, a la línea melodramática decimonónica, y en tal sentido, las obras de Rusiñol que más público han atraído a los teatros posiblemente sean «La Mare» y «El Místico», favorecidas por la tendencia incorregible a la lacrimosidad. Pero, en sus sainetes, y, sobre todo en sus comedias de bohemia («Ocells de Pas» y «L'Alegria que Passa», pongo por caso), aparece el hombre completo que era Rusiñol, el desbordado, el humanísimo y tierno, agrídulce, impresionista. Lo que no hizo en pintura, lo hizo en teatro, de un modo directo, que no excluya un alarido de genial sensibilidad. De poesía, en suma.

Crehuet, el hombre que quiso vasar por siempre sus huesos en San Felú, aparece como un completo hombre de teatro adentro. Sentía la farándula, y fué un hombre fundamentalmente suave rocado de una «bonhomia» deliciosa, reflejada en cada escena de sus



comedias. Allí no hay tesis, no hay ideas, no hay tan solo conflicto verdadero: no hay otra cosa que una conversación chispeante, llena de ondulaciones de humor, y, en algunos momentos, reflejo fiel de un conocimiento perfecto y filtrado de los sentimientos, jamás de las pasiones, humanos. Leídas, las obras de Crehuet producen la impresión de fragilidad, impresión que se desvanece cuando el telón se levanta. Y es que, su conocimiento de las discretas situaciones escénicas, es posible, a mi humilde entender, que no conozca rival en la dramaturgia catalana de los últimos cincuenta años. Hay autores que deben apoyar el éxito de sus obras en la densidad de las situaciones, en lo hondo del conflicto—Guimerá—o en la armazón de un verso arrebatadoramente sonoro—Sagarra—, pero en Crehuet es casi lo contrario. Magia, magia, de la bondad y de la delicadeza, sonrisa flotante sobre la vida y sobre las almas.



Soldevila sale a la luz de las letras públicas con más complejo bagaje. Ensayo, periodismo constante, cuento—es uno de nuestros maestros de la narración breve—, y comedia. A Soldevila le imaginamos repeliendo la idea de escribir un drama, no por carencia de temas, sino por no truncar el equilibrio de fuerzas conscientes que actúan en él, con la brusca lucha de seres en conflicto declarado. Soldevila no ama el conflicto grandilocuente, porque toda su producción lo repele. Soldevila tiene figura de hombre de salones, de caballero de recepciones y frases galantes. El refinamiento parisién, su aguda visión de la alta sociedad reflejanse en sus comedias, deliciosas y siempre incomprendidas. A Soldevila le falta querer hacer llorar, hacer gritar a sus personajes en escena. ¿Por qué gritar?, parece decir su tesis latente. Si hablando a media voz se está tan bien... Venga el grito de los antípodas, pero aquí estamos en Europa, y Europa es definidora de valores, de unos valores que tienen vigencia universal. Soldevila parece estar tan lejos de la alpargata como de Oreló.

El autor de «El cóctel dels acusats» mantiene en un tono más elavorado, el culto a la sonrisa y a la tolerancia, que caracterizaban, con menos premiosidad, a Crehuet. «Civilitzats, tanmateix».

*J. Valentià*